

LAS MEMORIAS DEL STRIPPER




Cultura Virtual

ESTEBAN BLANDÓN

ESTEBAN BLANDÓN

Nació en Medellín, Colombia, en 1981. Realizó estudios de locución y periodismo. Se ha desempeñado como gestor cultural, lector de poesía y como director de talleres de literatura para niños, jóvenes y adultos. Así mismo, ha dictado talleres sobre el manejo de la voz y cómo hablar en público.

Apasionado lector de biografías y ensayos, ha cultivado la poesía filosófica con la misma pasión con la que cultiva la crítica psicológica. Los ensayistas franceses son sus maestros. Posee una sólida formación humanística, siendo ésta la base de su intenso quehacer intelectual, intensificada con sus lecturas predilectas y las obras de algunos de los más importantes librepensadores y teólogos de la historia.

Es autor del libro de poesía erótica: *Los nombres del amor*; de una biografía intelectual: *Pensamientos de Vargas Vila*; del libro *Cuentos filosóficos para niños marcianos*, y de la trilogía que lleva por título *Las memorias del stripper*, que está conformada por las siguientes novelas: *Yo soy Duván Carvajal*, *El stripper de la literatura* y *El escritor del milenio*.

Aunque poseen la estructura de una novela, estas memorias no son más que la respuesta a una requisitoria: ¿Quién diablos soy? El lector asiste a una de las confesiones más honestas de la literatura homoerótica; una terapia que lleva a su protagonista a descubrir, a través de su entronizado narcisismo, como éste termina siendo un apéndice de su bisexualidad.

LAS MEMORIAS DEL
STRIPPER

ESTEBAN BLANDÓN

LAS MEMORIAS DEL STRIPPER

1. *El stripper de la literatura*



**LAS MEMORIAS
DEL STRIPPER**
Esteban Blandón

PRIMERA EDICIÓN
Septiembre 2018
Cali – Colombia

DERECHOS RESERVADOS
ISBN 978-958-48-4708-9

Queda prohibida bajo ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *Copyright*.

Copyright by
www.estebaneditores.com
© 2018

*Mi obra no es otra cosa que una sesión de striptease
consistente en hacer desaparecer poco a poco mi
cuerpo y mostrar mi alma desnuda.*

Cocteau

Dios me premió con los hombres, para poder bendecirlos.

Juan

ÍNDICE

En el motel,	13
En el río,	59
En la rumba,	99
Lunes en la tarde,	121
Las teorías de Natalia,	137
El beso,	159
En el consultorio I,	181
En el apartamento de Elkin,	205
En la librería,	233
El stripper,	251
En el hospital,	273
En el consultorio II,	283
La revelación,	311
Un paréntesis,	327
De regreso a casa,	347
En la casa del arte,	353
Una tarde con Roger,	363
Trabajo de grado,	377
El taller de creación literaria,	387
La novela de Juan,	395

El primer amor, 407
En busca del tiempo perdido, 425
Míster tanga, 437
La carta de Tiberio, 447
Un minuto con Proust, 453
El premio, 457
Cinco días después, 459
Epílogo, 463

El stripper es un hombre que nunca se ha enamorado, y asegura: “Desconfío de los sentimientos que hallan demasiado pronto su expresión.”

Bailar desnudo lo hizo volver a vivir de nuevo. Ahora está enamorado de su cuerpo.

La noche de su improvisado debut iba vestido de policía motorizado tipo americano.

Luces de neón se posaban sobre su cuerpo dibujando en su vientre el heroico contorno de las murallas.

Cartagena, una de las ciudades más encantadoras y maravillosas del Caribe, lo acogió como uno de sus hijos más ilustres. Transcurría el mes de enero. En esos días, se venía adelantando una discusión que implicaba a diferentes organismos de control. La razón: que un evento de música electrónica coincidiera con la celebración de un festival de música culta y un encuentro de escritores.

EN EL MOTEL

–¿Sabén qué le dijo un escritor a Dios? *Los que creen en Dios son afortunados, los que no, son felices.* ¿Y saben qué le respondió Dios? *Sí, pero yo los hago vivir* –empezó Juan.

–¡Vamos a hablar hoy de Dios! –exclamó Natalia.

–No, sólo es la frase de hoy, el tema es otro –respondió Andrea.

–Yo tengo una inquietud –dijo Diego–: si los hijos de Dios se salvan leyendo la Biblia, ¿de qué manera se salvan los escritores?

–Leyendo a Balzac –contestó Juan.

–¿De dónde sacaste esa frase? –preguntó Alan como si hablar de Dios fuera más importante que de Balzac–; ¡no me diga que del Quijote!

–No, pero sí después de habérmelo leído –fue la respuesta de Juan.

En ese momento debí haber dicho: “este no es el Juan que yo conozco”. Y sin embargo no lo hice.

–¡Pues a leer el Quijote muchachos! –fue todo lo que se me ocurrió decir.

–¿Sabían ustedes que el Quijote es la novela más importante de la literatura? –nos recordó Juan.

–*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...* –recitó Diego, el más serio pero también el más bromista del grupo.

–La novela más leída de todos los tiempos, recuerdo que leí en una enciclopedia del colegio –anotó Alan.

–Yo sólo pregunto, ¿cuántos tienen la fortuna de leerse el Quijote en su idioma original? –nuevamente Juan.

–Ahora nos salió cervantista –comentó Andrea.

–¿Eso quiere decir lo mismo que *feminista*? –preguntó Diego esta vez en chanza.

–Afortunadamente no –respondió la feminista de Natalia.

Después de dar por terminada la discusión sobre la frase del día que muy amablemente Juan acababa de compartirnos, permanecemos en silencio. Diego se encargó de destapar las cervezas de Andrea y Natalia. Los demás hicimos lo mismo. *Salud*, dijimos al unísono, y con ese brindis, por nuestro reencuentro semanal fuera del campus universitario, dimos inicio a eso que desde hacía un par de años habíamos empezado a llamar *nuestra tertulia*. Esta vez nuestro encuentro de todos los sábados fue en la loma de La cruz, lugar ideal para reunirse un fin de semana con los amigos. A este hermoso parque acuden diariamente propios y visitantes atraídos por la variedad de objetos y artesanías que allí se consiguen. No obstante, es el único lugar en nuestro país que fue creado con ese propósito, un parque artesanal.

No había terminado de pasar el primer sorbo de mi cerveza, cuando sonó mi celular. Me demoré en responder. Lo hice confiando y deseando sinceramente en que no volviera a sonar.

Es la primera vez, en los más de dos años que llevo trabajando como stripper, que un cliente me solicita para una presentación en un motel. Ya había escuchado de grupos de amigos que se reúnen a celebrar, bien sea un cumpleaños o una despedida de soltera en uno de estos lugares. Uno de ellos es *El Partenón de Afrodita*, un lujoso y gigantesco motel en el centro de la ciudad.

Por supuesto que contesté la llamada. Mis amigos no tuvieron nada que ver en esto pues mi celular estaba en modo vibrador. A

la quinta vez de sentir el cosquilleo que ya empezaba a incomodarme en mi pierna, contesté. Quien solicitó el servicio fue una mujer y no un hombre como siempre sucede. Ya había dejado de sorprenderme que siempre fuera así, como el hecho de que las despedidas de solteras fueran organizadas por algún amigo de la futura consorte y no por alguna de sus amigas, como usualmente se cree.

–Aló –dije.

–*Buenas noches.*

–Sí, buenas noches.

–*¿Hablo con Duván?*

–Si señora, en qué puedo servirle.

–*Es que deseo saber si está disponible para atender una pareja.*

–¡Una pareja! –exclamé–. Lo que pasa señora...disculpe ¿cuál es su nombre?

–*Amanda.*

–Doña Amanda, lo que pasa es que yo solamente hago shows de striptease, pero si desea le puedo dar...

–*No, no, no es lo que usted se imagina joven* –me interrumpió la señora–, *tal vez usted no me ha entendido. Lo que quiero decir es que efectivamente deseamos que nos haga un show, sólo que los únicos que vamos a estar presentes somos mi pareja y yo.*

–Hecha la aclaración, dígame hasta dónde tengo que ir y allí estaré.

–*¿Podría estar aquí a las once?*

–Claro que sí.

Tras haber tomado nota del lugar donde debía dirigirme, me incorporé a la discusión que sostenían mis compañeros de universidad. Como ya era costumbre, los temas afines a nuestra carrera siempre eran los que se imponían. Natalia, integrante

activa del grupo de estudio y género de la universidad y feminista consagrada, no paraba de discutir las teorías de Foucault sobre sexualidad. Casi siempre era ella la encargada de abordar estos temas. Al igual que yo y el resto de mis amigos, también pertenecía a la facultad de psicología, pero dados sus comentarios y teorías, varios de los presentes, entre ellos yo, concluimos que su lugar estaba en la facultad de sociología o antropología y no en la de psicología.

–A menos que su especialización la vaya a hacer en sexología –comentó Alan.

–O que al igual que Juan esté tan confundida y diga como él: *Una de las razones por la que estudio psicología es porque deseo conocerme a mí misma* –añadió Diego.

–Comprenderme –corrigió Andrea, la única que por su apariencia tenía cara de psicóloga. No por casualidad le decían el consultorio ambulante, pues a cada uno de los que nos contábamos entre sus amigos hacía rato que les había realizado su diagnóstico. Quizás por ello no era una casualidad que fuera precisamente Andrea la única que estaba enterada de mis incursiones en el campo del nudismo exhibicionista.

–Pues si se tratara de eso –se defendió Natalia– todos los gays y lesbianas se meterían a estudiar psicología.

–¿Y quién dijo que la psicología es una carrera de maricas? –preguntó Juan, el único homosexual confeso del grupo, y del curso–. Miren nomás a los de comunicación social, o medicina.

–Más los de enfermería –repuso Natalia.

–Nadie ha dicho eso Juan –añadió Alan, el más guapo del grupo y al que las teorías de Jung sobre la bisexualidad nunca lo convencieron del todo–. Lo que pasa es que con tanto siquiatra ocupándose de la manera como se comportan los seres humanos sexualmente, pues terminamos creyendo que este es un campo que le concierne más a la psicología que a la medicina o a la jurisprudencia, como sucedía en otras épocas, y más

especialmente cuando se cree que la homosexualidad es una manifestación más de la sexualidad y sus variantes y no una enfermedad como lo cree el procurador.

–¡ATENCIÓN, NOTICIA DE ÚLTIMA HORA!: *El señor pro-cura-godo, perdón, procurador general de la nación, acaba de anunciar en rueda de prensa que la homosexualidad sí es una enfermedad. Esto con motivo de los escándalos que se vienen sucintando en la federación colombiana de futbol a raíz de los casos de acoso a algunos jugadores por parte de algunos directivos.*

–¿Qué? –exclamó Juan.

–Así como lo oyen –aclaró finalmente Diego–, esa es la noticia del día.

–Ahí sí sería un tema para siquiатras –acotó Andrea–, aparte de que se constituiría en el mayor desafío para los profesionales en esta materia.

–Pues yo no estaría tan preocupada si en lugar del procurador esto lo dijera un siquiатra, o un sicoanalista –interpuso Natalia–; hasta a un sociólogo le aceptaría decir esto, pero a un inquisidor medieval como es ese señor, lo mando es pal’ carajo.

–O a freír espárragos –añadí.

–Estoy segura que ése sabe más de técnicas de masturbación que de culi–naria.

–*Bueno pero no te enojas* –la calmó Alan en un ademán de reconciliación a la manera de El chavo del ocho.

–Él sólo está tratando de hacer bien su papel –completé yo.

–¡Y vaya que se lo toma bien a pecho! –exclamó Juan.

–Pro-cu-ra que las cosas en este país no estén tan mal del todo –añadió Diego.

–Suficiente tenemos con el *carrusel de las contrataciones* para que ahora nos vengan con el *carrusel de las exhortaciones* –apuntó Natalia tras mostrar su inconformismo y la poca estima por un funcionario que amparado en su cargo de

PROCURADOR se ha dedicado ha exponer de manera casi pontificia sus conceptos en temas como el aborto, la penalización de la marihuana y ahora el comportamiento sexual de los colombianos.

–Mejor cambiemos de tema –propuso Diego, quien siempre era el encargado de hacer que nuestros encuentros confluyeran en temas de actualidad. De la misma manera como nos inducía a discutir sobre determinados temas, así mismo hacía que las discusiones tomaran giros inesperados de menor rigurosidad intelectual.

–Verdad, mejor cambiemos de tema, que lo que no lograron ya Jung y Freud, no lo va a resolver el procurador ni mucho menos nosotros –añadí.

–Ni Kinsey –completo Juan.

–Ah, ése sí que se divirtió haciendo experimentos con niños, y no precisamente sicoanalizándolos –concluyó Natalia.

–Nosotros estamos aquí es para orientar a los desorientados, para guiarlos en sus procesos mentales y restablecer el orden, una especie de puente entre las cosas de la materia y el espíritu –planteó Andrea demostrando por qué era una de las mejores alumnas del curso.

–Tú siempre tan acertada en tus apreciaciones; te felicito amiga –le dije mientras miraba mi reloj. Faltaban veinte minutos para las once.

–Muchachos, me voy –dije alzando la voz para que todos me escucharan–. Fue un placer haber hablado con ustedes. No se olviden –les recordé– mañana a las ocho, en la casa de Andrea. Ya saben, lleven bloqueador, repelente para los mosquitos, mucha agua y coca-cola; ah, y condones, por si no hay carne.

–¡No pues, qué haremos con el cuenta huesos! No se sabe otro más largo –me reprochó Andrea mientras me daba el acostumbrado abrazo de despedida, abrazo que yo aprovechaba para sentir su pecho deformándose junto al mío mientras la

fuerza de mis brazos la obligaban a lanzar un leve quejido de dolor que yo siempre confundía con uno de placer—. Usted cada día está más musculoso; si sigue así, lo vamos a perder.

—No diga eso ni en chiste, corazón, que tus ojos son la luz de mi camino. Ah, y por los músculos no se preocupe, que son como una especie de fortín para proteger a mi Helena de cualquiera que la quiera raptar.

—¿Y hasta cuándo voy a tener que esperar por mi héroe?

—No mucho mi bella reina espartana, ya verás —le dije, e inmediatamente besé su ruborizada mejilla—. Nos vemos mañana.

—Ok hermoso; cuídate mucho —me dijo sin dejar de advertirme—: no nos vayas a quedar mal.

Así me despedí de Andrea, la única de mis compañeras con la que desde el primer día de clase había simpatizado, además de ser la única por la que había mostrado algún interés desde que empezamos la carrera. Siempre consideré —aún no he podido saber la razón— que la mujer perfecta, por lo menos para mí, era una que hubiera hecho la carrera de sicología. La mayoría de las mujeres que han cursado esta carrera tienen una manera de ver la vida, o mejor aún, a las personas como verdaderos valores de superación, no en vano, es tal vez la persona más importante dentro de una guarnición militar, y en muchos casos la única mujer joven y atractiva a la que los soldados se pueden acercar como si se tratara de un soldado más. Sí, ahora que pienso en lo feliz que sería teniendo como esposa a una mujer como Andrea, me es imposible no recordar a la sicóloga del batallón en donde presté mi servicio militar. No recuerdo su nombre, pero su rostro, tan hermoso, con ese color de piel caucásico e impecable, a menudo me hacía recordar a Hitler, y ella, tan llena de carisma, era una especie de ángel salvador en medio de todo el resentimiento que albergó el dictador alemán contra los más

desvalidos. Nos recordaba que efectivamente los blancos pertenecen a una raza superior, pero no ella, que con esa mirada tan transparente, tan libre de prejuicios, nos acogía en su despacho para escuchar nuestras historias, aciertos y desaciertos, consolarnos tras el amargo sabor que dejan los amores frustrados y que son la antesala de incontables suicidios.

Siempre nos animaba a seguir adelante en nuestros propósitos. Su voz de aliento fue el mayor cómplice, y al igual que Andrea, nos guiaba en los momentos de confusión, y su hombro, o su rostro, fue en más de una ocasión el fortín en donde acababan los días de agotamiento y de dolor. *“No sabes la alegría que me da cada vez que llego al hospital Militar y salen todos los soldados a saludarme, algunos cojeando o saltando en un solo pie, para ser los primeros en abrazarme”* recuerdo que me contaba. *“Recuerdo especialmente a un chico que estaba en silla de ruedas y con el que solía hablar por largo rato; recuerdo que me decía: «Doctora, usted es el amor de mi vida, yo estoy enamorado de usted, cuando salga de aquí lo primero que voy hacer es ir a comprar un ramo de flores para usted, amarillas o blancas; no, más bien rosadas, o rojas, como el color de la pasión, sí, a ver si así se fija en mí».* Era un chico tan especial y cariñoso” continuaba recordando la sicóloga mientras hablaba conmigo, y yo muriéndome de la envidia, no de rabia, no, de la envidia por no ser yo el que se hallaba en esa silla de ruedas para poder decirle a mi amor platónico todo lo que sentía en mi corazón, cómo me ponía cada vez que ella se me acercaba y me saludaba: –Hola Duván, cómo estás, me decía. Y yo: –ah, si ve que sí me puede llamar por mi nombre, doctora. Hasta que un día todo se me dio. Habían transcurrido más de dos semanas sin verla pues había tenido que viajar hasta la capital. Cuando la vi llegar de nuevo a la guarnición –esa fue mi excusa– me abalancé hacia ella sin darle tiempo a que reaccionara, y sin pensarlo dos veces, le planté un apasionado

beso en su mejilla. “¡Por fin he dado el primer paso!”, pensé, pero después corroboré que no era el único al que saludaba con un beso en la mejilla cada vez que nos recibía en su despacho.

Aquello que a mí me paralizaba sucedía siempre con todos los chicos que obnubilados por su belleza aplazaban cualquier intento de romper las barreras que la extrema belleza pone entre los seres humanos. Con el paso de los meses descubrieron, al igual que yo, que los sentimientos son como un fortín al que el paso del tiempo, en lugar de debilitar, solidifica. La sicóloga era un ejemplo de ello y, quizás por esa misma razón, nos alentaba a expresar de alguna manera nuestros sentimientos. Una manera de hacerlo era cuando nos obligaba a contestarles a nuestras familias las cartas que ellos nos enviaban. La mayoría de los soldados se excusaban aduciendo que no tenían nada que decir, que no les brotaban las palabras. “Entonces dibújale un corazón y escríbele TE QUIERO, así, en mayúscula”, recuerdo que les decía a aquellos que se negaban a escribir, y concluía: “Tú mami te lo sabrá agradecer”. Gracias a ella aprendí el enorme valor de un simple, Te quiero.

Esa era la sicóloga del batallón, y fue por ella que algún tiempo después comprobé que los de la iniciativa eran ellos, y ella, como siempre pasa con las mujeres, nunca se mostró reacia a responder sus galanterías. Yo no era el más guapo, eso tengo que decirlo, y tal vez por esa razón me costaba abordarla tan espontáneamente como lo hacían los demás chicos, siempre tan seguros de sus atributos y de lo irresistibles que les resultaban a las mujeres. Lo cierto es que la sicóloga era una bella persona y a todos nos correspondía por igual, y todos sus atributos, a excepción de su trasero, pues en esto sí salió bastante engañada, no eran más que una muestra de su pureza. Si llegara a encontrármela, dudo mucho en poder reconocerla, pues han pasado tantos años que el recuerdo de su rostro no es ni siquiera vago en mi memoria, es nulo. Sólo sé que era muy bella, tan

bella como Andrea, y tan inteligente, y tan mujer. Pero hay una cosa que las diferencia, su trasero, bueno, su pompis para que no suene tan fuerte. Eso es algo que nunca pude olvidar de la sicóloga del batallón, y la he vuelto a recordar gracias a este relato, porque de haber sido todo lo contrario, creo que se hubiera vuelto inolvidable, pues hay dos cosas que uno nunca olvida de las mujeres; no, creo que son tres: un rostro hermoso, unas caderas prominentes y su manera de ser. A la sicóloga le faltaba lo segundo, pero que va, hay que reconocerlo, era una gran mujer, pero mi Andrea, mi Andrea lo tiene todo, es la mujer diez, la mujer perfecta, y utiliza lentes, sufre una leve miopía al igual que yo, sólo que en mi caso, especialmente desde que trabajo como stripper, me tocó sustituirlos por lentes de contacto. ¡No saben cómo me enredaba en los ensayos mientras me quitaba las camisillas! Si me los quitaba, ¿cómo haría para verme en el espejo? El espejo era sin duda nuestro mejor espectador; te corrige los movimientos mientras flirteas con el sin ruborizarte. ¿Será que ahí empezó mi cuento con los manes, me pregunto; en mi re-encuentro con narciso? En fin... Pero a Andrea le quedaban tan bien. Los lentes acentuaban su mirada, además, le confieren un cierto aire de mujer intelectual, y erótico, pues termina siendo la realización de una de las fantasías que muchos de nosotros en la escuela hemos tenido: meter nuestras narices por debajo de la falda de la profe, además de verla algún día sin sus lentes. Siempre se la imagina uno preguntando por sus lentes, y uno, mientras se desnudaba creyendo que era totalmente ciega le preguntaba: *¿Qué está viendo ahora profe; adivine dónde estoy, o qué me acabo de quitar; me ve más grande o más pequeño; le gusta cómo la tengo?* Pero no, la profesora no respondía porque era una especie de trance, y siempre me pillaba despabilado intentando retener en mi mente la medida de su sostén. “*¿Qué haces Duvancito?*”, me sorprendía. Andrea, ¿por qué eres tan linda,

por qué tienes que parecerte tanto a la profe de español, o a la sicóloga del batallón? ¿Acaso será que eres la reunión de ellas dos y has llegado a mi vida para hacer realidad mi único sueño, casarme con una mujer como tú?

–Son cinco mil pesos, joven –me anunció de repente el conductor del taxi. Cuando abrí los ojos me estaba mirando como si deseara dejarme dormir hasta que voluntariamente me despertase.

–¡Qué!

–Que pena haberlo despertado joven, pero ya llegamos.

–No se preocupe –le dije mientras le pagaba. Antes de descender del coche observé mi reloj, marcaba las veintitrés horas en punto. Le di las gracias al conductor e inmediatamente me dirigí hasta la recepción del motel.

–Muy buenas noches señor, bienvenido a *El Partenón* –me saludó la recepcionista.

–Gracias, buenas noches.

–¿En qué podemos servirle?

–Sería tan amable la señora Amanda, habitación 211.

–Con mucho gusto, ¿de parte de quién?

–Duván.

Tres minutos después me encontraba en el pasillo del segundo piso detrás de un hombre elegantemente vestido que me condujo hasta la puerta de la habitación. Él mismo se encargó de llamar a la puerta. Tan pronto la puerta de la habitación se abrió cruzó un par de palabras con la mujer que lo atendió, seguidamente me indicó que podía entrar.

–Buenas noches –saludé mientras reparaba la habitación. *El Partenón* era un motel de habitaciones temáticas que se había convertido en un referente turístico en la ciudad. Tal era la osadía de su propietario, que mandó a construir una réplica de la diosa Venus. La escultura, de veintidós metros de altura, se erige

imponente en la terraza del motel. Además de esta extravagancia, cada una de las habitaciones estaba decorada con motivos alusivos a una época o un lugar. La de esa noche era la árabe, que estaba decorada con elementos típicos de aquella ancestral cultura.

–Hola Duván, cómo estás –se adelantó el esposo de Amanda quien después de extenderme su mano la puso en mi hombro como una señal de cordialidad mientras me conducía al interior de la habitación–. Ella es Amanda, mi esposa –me dijo señalándola, como si no fuera obvio que se trataba de su mujer. Bueno, podría tratarse de su amante.

–Hola, mucho gusto en conocerte –me saludó Amanda.

–Póngase cómodo hombre –me dijo el esposo de Amanda que aún no se había identificado mientras me señalaba una de las butacas que habían dispuestas alrededor del bar de la habitación. Su mujer estaba sentada del otro lado, justo enfrente mío, lugar al que había ido a sentarse tras saludarme y ofrecerme un trago.

–¿Me imagino que Duván es tu nombre artístico? –me preguntó Amanda.

–No, es mi nombre real.

–¡Ah sí! ¿Y eso que no te has cambiado el nombre como lo hace la mayoría?

–Nunca vi la necesidad de hacerlo. Me parece que este es un trabajo como cualquier otro.

–Aparte de hacer esto, ¿a qué más te dedicas? –continuó indagando Amanda mientras añadía algo de hielo a la crema de whisky que me había servido.

Mientras los dos disfrutábamos del bálsamo que algunas horas después nos despojaría de nuestros prejuicios, Alberto, como lo llamó Amanda–él estaba en el teléfono ordenando no sé que cosas– se unió al brindis con un vaso de ron en la mano.

–Estudio sicología –no había terminado de responderle a Amanda cuando de pronto Alberto me animó:

–Relájese hermano; póngase cómodo –seguidamente le preguntó a su mujer:

–¿Estás bien, amor? Y Amanda, cuya expresión en el rostro no lograba descifrar, pasaba de la ansiedad a la expectación, y de pronto ésta se transformaba en un confuso e insospechado nerviosismo.

–¿Hace cuánto trabajas en esto?

–Dos años y medio.

–¿Y por qué lo haces?

–Con esto me pago la universidad, además de obtener dinero extra para divertirme.

–¿Y sí te va bien?

–Muy bien, gracias a Dios.

–Y a ese cuerpo, me imagino –añadió Alberto mientras me contaba la manera como me habían contactado.

–Sí –agregó Amanda– ayer vimos las fotos en la página y nos quedamos gratamente sorprendidos por el cuerpo tan sano que tienes. Me imagino que debes de hacer mucho ejercicio.

–Sí, es parte del entrenamiento.

–¿Del entrenamiento? –preguntó Amanda mientras fruncía el ceño.

–Sí, del entrenamiento. Aparte de las clases de baile que tomo semanalmente, trabajar el cuerpo una hora en el gimnasio, como mínimo cinco días a la semana, me parece lo indicado para mantenerme en forma, además de una sana alimentación, pues sin duda el éxito de cada uno de los que nos dedicamos a esto depende en gran parte de cómo estén nuestros cuerpos, tanto en mujeres como en hombres.

–Como el que está aquí presente –señaló Alberto mientras miraba a Amanda.

–La idea es que los clientes queden totalmente satisfechos con el espectáculo y por ahí derecho recreen un poco la vista.

–Y qué resulta más, despedida de solteras o de solteros –quiso saber Alberto.

–Yo diría que es por igual –contesté–. Lo que pasa es que, en los casos de las mujeres, la iniciativa siempre surge por parte del futuro esposo, o del novio de una de las amigas de la novia.

–¿Cómo así? –inquirió Amanda–. Acaso no son ellas las que organizan la despedida de la soltera.

–Sí, pero como las mujeres en esto son más tímidas, casi siempre lo hacen alentadas por una de sus amigas, o amigos. Es como si buscaran la aprobación de otros.

–Como una especie de complicidad –dijo Amanda.

–Típico de las mujeres –completó Alberto–. A ellas les gusta, pero se hacen las pendejas.

–¿Y son muy atrevidas las mujeres? –nuevamente Amanda.

–No mucho, y menos si están en compañía de sus novios o maridos. Todo se da como en una especie de juego en donde el juguete es un muñeco animado de tamaño natural que se va quitando la ropa hasta quedar desnudo.

–¿Y has tenido alguna mala experiencia? –preguntó Alberto–, o alguna vieja borracha de esas bien lanzadas y desinhibidas.

–Pues hasta ahora no, de pronto algunas que se me acercan a hablarme después de haberme vestido, pero más para ver si yo les digo algo, pero no, soy muy profesional.

–¿Me imagino que tienes novia? –otra vez Amanda y sus preguntas capciosas.

–Por el momento no. La última que tuve me dejó hace ya como dos años, dizque porque lo que yo hacía, lo hacía era para conseguir viejas, y desde entonces estoy solo.

–¿Y también haces shows para hombres?– quiso saber Amanda quien alentada por su curiosidad no dejaba de reparar en mis ademanes.

–No, sólo mujeres. En este trabajo hay de todo. Tengo algunos amigos que son los que se encargan de atender la demanda de las discotecas de ambiente.

–¡De gente gay!

–Así es, así mismo cuando solicitan algún show especial con trajes y coreografías y varios modelos a la vez. Es a ellos a los que acudo cuando son hombres los que solicitan un show.

–¿Y siempre te toca a ti solo?

–La mayoría de las veces sí, pero recuerdo una vez que me tocó acompañar a un amigo que solamente hace shows para hombres. Necesitaba otro modelo y yo era el único disponible. Me pidió el favor que lo apoyara en su show y así lo hice.

–¿Y cómo te fue?

–Efectivamente había unos cuantos hombres, pero eso no fue lo sorprendente.

–¿Entonces?

–Que también había algunas mujeres, pero la mayoría eran señoras, algunas ancianas.

–¿Y qué decían?

–Ellas nada, apenas se reían cuando me les acercaba y les decía que me podían tocar.

–¡Y tocaban!

–Se hacían las que no querían, pero disimuladamente me mandaban la mano a la cola o a las piernas.

–Y los manes, qué hacían –curioseó Alberto.

–Ellos miraban esperando ansiosos el momento más esperado.

–¿Y no tocaban? –quiso saber Amanda.

–¿Y cuál es el momento más esperado? –averiguó Alberto.

–El momento más esperado es cuando el stripper sale completamente desnudo con el pene erecto.

–¡Erecto! –se sorprendió Amanda.

–Sí, eso siempre hace parte del show de los strippers que atienden hombres.

–Claro mami, no ve que eso es lo que a ellos les gusta –señaló Alberto mientras me miraba.

–Me imagino que por eso es que usted no atiende hombres –sentenció Amanda.

–Es una de las razones –argüí.

–¿Y todos tus amigos son gays?

–La verdad no sé, lo que sí sé es que hay hombres que les encanta presumir de su dotación frente a la gente, ya se trate de mujeres u hombres.

–Me imagino que debe haber algunos especialistas en exhibirse en pelota –manifestó Alberto.

–Sí, aunque también hay algunos que sólo los contratan por su dotación.

–¡Vea pues! –suspiró Amanda quien asombrada no tuvo más remedio que proponer un brindis en nombre de la locura que estaba a punto de cometer y continuó: –¿Y cuáles son los trajes o disfraces que más te piden?

–Bombero, policía y marinero son los más solicitados, pero hay otros que son propuestas un poco más personales como de indio, vaquero o algún súper héroe. Estos normalmente se utilizan cuando nos piden propuestas nuevas o atrevidas.

–Y cuál es tu preferido.

–El de leñador.

–¿Y qué trajiste para hoy? –me preguntó Alberto.

–Doña Amanda me dijo que no me preocupara, que ella se encargaba de eso.

–Ya –respondió Alberto mientras miraba a Amanda.

–Sí mi gordo, yo le dije que no necesitaba nada especial.

–Pero me imagino que tiene alguna prenda especial o algo...

–Sí, aquí cargo algunos suspensorios que son los que normalmente utilizo para los shows. De hecho, me quedé un poco sorprendido cuando ella me dijo que lo del traje no importaba ya que lo normal es que utilicemos alguno. Ahora,

como se trataba de una pareja, pensé que al ser algo más privado podría prescindir del traje, lo que me pregunto es ¿cuál va a ser la sorpresa que me tienen preparada?

—Que nos tiene preparada, querrás decir, porque yo tampoco sé qué es lo que esta dama se propone, a menos que nos vaya a poner a bailar la danza del vientre a los dos —comentó Alberto quien después me preguntó—: ¿ya estás más relajado?

—Sí —aseguré mientras sorbía del vaso un poco de crema de whisky.

La verdad es que casi nunca bebía. Si recibía un trago cada vez que me lo ofrecían, lo hacía más por cortesía que por verdadero placer etílico. El licor, como es sabido por todos, es un liberador de los apetitos sexuales, pero también es un inhibidor de las funciones viriles. Esa fue siempre la excusa, o más bien, la barrera para no traspasar la frontera de mi pundonor cada vez que yendo en contra de la ética profesional que me caracterizaba, terminaba siendo parte importante de una reunión a la que, más por morbo que por verdadera simpatía, era acogido como la nueva adquisición despertando el interés de quienes sumidos en la embriaguez de una noche de juerga dejaban traslucir lo más perverso de sus encontradas emociones. “*¿Y por qué no te atreves? No me digas que no soy lo suficientemente atractiva*”, recuerdo que me dijo una de aquellas noches una seductora catana, como suelen llamarle mis amigos a aquellas mujeres cuarentonas. Una catana es una mujer que ha sobrepasado los cuarenta años, pero que ningún hombre, especialmente de mi edad, estaría dispuesto a cambiar por dos de veinte. La experiencia no se improvisa y ellas, al igual que uno, saben desde el primer momento lo que quieren: divertirse, o sea, sexo. Van al grano, tienen experiencia, no hacen preguntas estúpidas, —*¿tú sí me quieres; tu sí me amas?*—, te complacen en lo que quieras, no sólo dentro, sino también fuera

de la cama, y su único compromiso es con ellas mismas, proporcionarse placer. “*No, cómo se le ocurre; usted lo que está es muy buena, lo que pasa es que yo ya estoy borracho, y así no se me para*”. “*¡Y quién ha dicho que se le tiene que parar! No guapo, hay muchas maneras de hacer feliz a una mujer, y no precisamente que eso se le tenga que poner duro, me dijo. ¿Cuánto tengo que darle; que le parece 500.000?*”. Quinientos mil pesos era mucho dinero, mucho más del que recibía por mi show como stripper frente a diez o quince personas. “*No se trata de eso señora*”. “*Sara, dígame Sara con confianza; o es que quiere más dinero; si se trata de eso, nomás diga cuanto quiere y arreglamos*”. Aquella fue sin duda una de las experiencias más curiosas de las muchas que he vivido como stripper y hoy, ha pasado a engrosar el anecdotario de mis emocionantes vivencias. No voy a contar como terminó aquella noche, lo que sí puedo decir es que aquella inusitada conquista se extendería por más de seis meses en un intercambio de emociones y aranceles, hasta ese momento, insospechado en mi experiencia como stripper. Lo que sí debo decir, es que hay muchas mujeres que a esa edad y con una cuenta bancaria la cual sobrepasa los ocho ceros, están más que dispuestas a contratar los servicios de un joven apuesto que sin serlo, haga las veces de gigoló.

A propósito de catanas, Amanda, como me atreví a llamarla una vez Alberto me dio vía libre para flirtear con su esposa –en el sentido más expósito claro está– me comentó la razón por la que habían deseado vivir esta experiencia. Mientras Alberto buscaba entre sus cosas algo de música Amanda me dijo:

–Es la primera vez que hacemos esto. No vaya a pensar nada malo. Yo siempre he sido una amante de la música árabe. Me fascina bailar, moverme, el ritmo, el vestuario, pero sobre todo la sensualidad, la armonía, el misterio del velo que cubre pero

que al mismo tiempo deja ver parte del rostro, especialmente la mirada, así, toda mística, extática, espiritual, como un acertijo milenario más antiguo que las mismas pirámides.

–Se sabe que los árabes cubren con velos todo lo que les parece sagrado y deseable –atiné a decir.

–Sí, pero no tanto como la pasión que logra despertar Scheherazade en Schahriar en *Las mil y una noches*. –repuso Alberto.

–No se puede negar que el baile es muy sensual, y al mismo tiempo misterioso, pero no veo qué diferencia hay en mostrar el abdomen y no el rostro –exclamé.

–¿Has estado en Egipto? –me preguntó Alberto como si le hablara a uno de sus amigos, o mejor aún, a uno de esos hombres de negocios que asisten a las reuniones que organizan los ricos topándose con las personalidades más insospechadas. No sé si lo hacen con uno para no ofenderlo, lo que sí sé es que con ellos siempre es mejor no suponer, pues nunca sabes cuál o qué destino ha sido el predilecto o el que está de primero en la lista de sus itinerarios. Al parecer, el oriente medio estaba entre los preferidos por Amanda, pues según sus descripciones ya había sido una de las afortunadas en pisar suelo árabe y formar parte como en un ensueño del mismo harem de Tutankamón.

–No, pero me gustaría ir algún día –respondí.

–Te encantará –me advirtió Amanda emocionada mientras agitaba sus delicadas manos como imitando el vuelo de una hermosa ave e inmediatamente se levantó de su silla, la primera vez desde que hicimos el brindis por el encuentro como si en realidad tuviéramos algo que celebrar, y empezó a caminar por toda la habitación dando giros y moviendo las caderas mientras con su mano derecha golpeaba la parte inferior de su cadera semejando el golpeteo que las bailaoras hacen entre sus manos de las panderetas.

–Vea hermano, lo que yo quiero es que ella se sienta bien; desinhibida pero tranquila, relajada –me comentaba Alberto, quien ahora era él el encargado de ponerme al tanto, o más bien, de comunicarme la razón por la que yo fui a parar en la habitación de un motel en donde normalmente se dan cita los enamorados esperando resarcirse de la falta de privacidad que una pareja de casados como ellos en su propia casa, muchas veces no tienen.

–A ella toda la vida le ha gustado esta música, y bailarla –continuó contándome Alberto–, y uno de sus sueños es que yo baile para ella, pero con este cuerpo –dijo mientras señalaba la protuberancia de su abdomen–. Es por eso que una vez le dije que si quería contratáramos un bailarín profesional para que bailara para ella, un chico joven con un cuerpo así como el suyo, bien fornido, descomplicado.

–Ya.

–¿Me entiende?

–Sí.

–Entonces, qué le parece si empezamos.

–Sí, está bien.

–Se le acabó el trago ¿quiere otro?

–No, así está bien; tampoco es que tome mucho.

–Listo, no se preocupe –me tranquilizó Alberto mientras sorbía de su vaso todo el ron que le era posible.

Finalizada nuestra conversación, nos dirigimos hasta el centro de la habitación donde ahora se encontraba Amanda quien sostenía entre sus manos un delicado y transparente velo color arena del desierto. Pero no era el único, ceñido a su cintura llevaba otro de color marrón y en la parte superior de cada una de sus piernas llevaba ligado otro más. Aunado a esto, de su cuello se desprendían las puntas de un hermoso y colorido velo que centímetros más arriba hacía las veces de turbante. Otro más hacía de antifaz cubriendo la mayor parte de su rostro. “Esta

vieja a qué horas se amarró ese poco de velos” fue lo que pensé mientras Alberto con la mirada me indicaba que me acercara.

La música había empezado a cobrar más fuerza y la amplia gama de timbres vocales y los sincopados susurros profundizaban el ancestro y la espiritualidad de la tradición árabe. Dejándome llevar por las emociones que en mí desataba tan inusual cortejo, fui despojando de sus lienzos a la dama de los velos. Empecé por desatar el de su pierna derecha la cual se me ofrecía como en una invitación a degustar sus encantos. Alberto hizo lo propio con el velo que tenía amarrado a su pierna izquierda como si quien se ofrendara para ser despojado de sus vestiduras fuera ella y no yo. Así continuamos moviéndonos al compás de la música, ella con mucha más naturalidad que nosotros que no dejábamos de observarnos como exhortándonos a seguirla en sus movimientos. El final de la pista musical fue la excusa para ir por un trago, secarnos un poco el sudor que ya empezaba a colonizar nuestras frentes y lanzarnos cómplices miradas de aprobación entre los tres.

–Bailas muy bien –me felicitó ella mientras Alberto la abrazaba y la animaba a beber un poco de ron.

–Sí, en la academia nos enseñan de todo.

–¿Allí aprendiste a moverte de esa manera?

–Bueno, en realidad no es mucho, comparado con algunos de mis compañeros. Yo sólo tomo algunas clases, eso sí, de todos los géneros y ritmos. Además de aprender a movernos, allí mismo tenemos algunos profesores que nos enseñan algunas coreografías cuando se trata de un show con varios modelos y bailarines y en donde también se enseña el ahora tan de moda pole dance, ese baile que realizan las estriptiseras en los famosos *strip clubs*.

–¿Y cómo llegaste a convertirte en stripper?

–Bueno, la primera vez sólo lo hice porque un amigo me lo solicitó. Necesitaba un chico de mis características, según él.

Claro que lo que más me animó fue que el evento en el que participaría era en Cartagena. Antes de eso ya había bailado con un amigo del gym, pero fue algo excepcional. En la academia, además de aprender a bailar, también encontré asesoría una vez deseé hacerlo de manera profesional. Un par de semanas después de lo de mi amigo y de considerarlo seriamente, pasó lo de Cartagena. Después de esto fue que tomé la decisión de hacerlo, pero me dije: ¡Si lo vas a ser, que seas el mejor, y que tu éxito no sólo se lo atribuyas a tu cuerpo, sino también a tu baile! Y fue allí precisamente, en la academia, en donde, además de aprender a bailar casi todo tipo de ritmos, conocí a los que ahora son mis amigos y compañeros de trabajo.

–¿Y fue allí donde aprendiste a mover tan bien las caderas? – preguntó Amanda.

–Sí, gracias a las profesoras de danza árabe. Pero les confieso que, si ustedes me hubieran dicho que se trataba de algo así, a lo mejor quien estaría aquí sería alguien un poco más especial.

–¿Especial?

–Sí. Aunque también hay algunos chicos que bailan música árabe, los que lo hacen son normalmente jóvenes un poco..., más delicados.

–¿Gais? –repuso Amanda.

–Más o menos.

–¿Y cuál es tu especialidad?

–Realmente no tengo ninguna en especial. Me gusta la música electrónica que es la que normalmente se utiliza para los shows. Lo que hacemos en la academia es conocer nuestro cuerpo al tiempo que explotamos al máximo nuestra sensualidad.

–Y tú ¿qué tan sensual eres? –quiso saber Amanda.

–¿Como amante o como bailarín? –bromeé.

–Como bailarín, desde luego –completó Amanda algo ruborizada.

–Eso depende del bailarín. Esa es la razón por la que no hago shows en donde tenga que salir erecto, aparte de vergonzoso, me parece vulgar.

–Hay que dejar algo a la imaginación –acotó Alberto que seguía muy atento el rumbo que tomaba nuestra conversación.

–Es cierto. Normalmente las mujeres no son tan ansiosas y se muestran más tímidas en ese sentido. Se acuerdan que les conté que una vez había acompañado a un chico a una reunión en donde, además de las señoras, también habían algunos hombres.

–Verdad, no nos terminaste de contar. Cómo te fue –se animó a decir Amanda.

–Pues al principio muy bien, hasta cuando tocó salir desnudos. Las señoras, o más bien, los señores deseaban que saliéramos erectos.

–¿Salieran de dónde? –preguntó confundido Alberto.

–Lo que pasa es que cuando hacemos los shows, hacemos dos o tres salidas antes de desvestirnos completamente. En la primera bailamos y nos quitamos la camisa. En la segunda el resto del traje y al final, si es el caso, nos desnudamos completamente. Cada salida dura alrededor de ocho o diez minutos máximo, o depende de la gente que haya.

–Ya.

–Bueno, pues mi compañero, que es un chico bastante joven, antes de entrar al apartamento me dijo que si no deseaba darme un plon.

–De marihuana.

–Ajá, pero yo le dije que no, que yo no fumaba. “La razón por la que lo hago, me contó después, es porque así se me para más fácil”. Al parecer esto como que lo arrecha.

–Sí, he escuchado decir a algunas personas que lo hacen, especialmente cuando tienen sexo –comentó Alberto.

Amanda le lanzó una mirada a Alberto como diciéndole: “Y tú, cuándo lo comprobaste, cariño”, y seguidamente preguntó:

–Y qué, se le paró.

–Bastante, y muy bien.

–¿Y a ti?

–Casi.

–¿Casi?

–Sí, casi, porque no logré que se me parara del todo.

–¿Y que dijeron las señoras, o los señores?

–¡Qué dijeron! Nada, y más después de ver lo que mi amigo tenía entre sus manos. ¡Qué digo! Entre sus piernas.

–¿Qué?

–La tenía enorme, y los manes esos no sabían qué hacer de lo emocionados que estaban de ver semejante cosa.

–Y las señoras, ¿qué decían?

–Miraban, y mientras mi amigo se les acercaba, medio tocaban.

–Y mientras tanto, ¿usted que hacía? –quiso saber Alberto.

–Bailaba.

–O sea que se olvidaron de usted.

–Pues no del todo. La verdad, el éxito de mi amigo como stripper radicaba más en su dotación que en su cuerpo. Mientras admiraban el mío, se maravillaban con la dotación de mi compañero.

–¿Y tu amigo es gay? –preguntó Alberto.

–Me imagino que no. Lo que pasa es que con los hombres que están tan bien dotados pasa algo bien curioso. La mayoría saben que una de las obsesiones de los homosexuales está precisamente ahí. Les encantan los hombres más que bien dotados, superdotados, y estos muchachos de 19 o 20 años, son fascinados luciéndose frente a los demás, especialmente frente a los hombres, que son mucho más eufóricos y desinhibidos a la hora de expresar sus emociones. Las mujeres son más calmadas.

–Y menos voraces –completó Alberto que por experiencia propia sabía que un hombre con el tamaño promedio puede hacer perfectamente feliz a una mujer.

–No sólo eso, sino que en algunos casos, ni le dan importancia al hecho de que no se les pare–aseguré.

–¡Cómo así! –protestó Amanda, inquieta.

–Se acuerda de la clienta a la que no le importaba que a uno no se le parara.

–Ah, ya, ¡pero nomás sexo oral!, no aguanta.

–A algunas les hace falta la penetración, pero quieren que les confiese algo, que fue precisamente así como empecé a entender por qué es que funcionan tan bien las relaciones entre mujeres.

–¿Tú estudias psicología, cierto?

–Sí –respondí, sin imaginar la razón por la que Amanda cambiaba tan repentinamente de tema.

–Y ya sabes cuál va a ser tu especialización, me imagino.

–No, ¿por qué lo dice?

–Pues con esos conocimientos, supone uno que vas a especializarte en terapia sexual o algo parecido.

–No, son sólo experiencias o anécdotas que me cuentan algunos de mis compañeros, además de las conclusiones que uno saca.

–Y me imagino que ésta va a ser una de esas que seguro no vas a olvidar.

–Así es, y es muy probable que esta misma noche tome nota de todo lo que nos está pasando.

–¡No me digas que estás recogiendo apuntes para tu tesis!

–No, pero suelo escribir en mis ratos libres.

–Ah, además de stripper eres escritor. ¡Interesante combinación! –manifestó Alberto.

–Y si te gusta escribir, como dices, ¿por qué no estudiaste literatura?

–Es más fácil desnudarse uno mismo que desnudar a los demás –respondí. Y Alberto, que seguía nuestra charla, preguntó:

–¿Quién dijo eso, Proust o Balzac?

¡Proust, Balzac! Medité. ¿Te dicen algo estos dos autores, Duván? Al primero, no hay ensayo, escritor, enciclopedia o tratado literario que no lo nombre; al segundo lo encuentro siempre en las ferias de usados a donde acudo sagradamente cada año. *Papá Goriot* y *Eugenia Grandet* son dos títulos que... en fin, algún día los leeré.

–No tengo ni idea –respondí finalmente.

–Bueno, si alguien lo dijo, debió de ser algún escritor francés –repuso Amanda.

–Sin duda, algún escritor de su tiempo, de esos que tanto provecho saben sacarle a la imaginación –sentenció Alberto.

–¿Acaso no es esa la mayor virtud de todo escritor? –de nuevo Amanda.

–Y no sólo de los grandes escritores –la corrigió Alberto.

–En fin, yo preferiría ser uno que escribe todo lo que vive y no al contrario –tercié-. Por ejemplo, lo que está pasando en este momento. No es usual que yo me quede tanto tiempo hablando con los clientes. La mayoría desean ver el show, y listo.

–Bueno, pero nosotros deseamos algo más que eso –me advirtió Alberto-. También compartir un trago, bailar un rato, conversar, relajarse, pasarlo rico.

–Bueno, en lo que yo pueda colaborarles, con mucho gusto.

Alberto se alejó un momento del bar para ir al baño. Tan pronto salió se dirigió hasta el equipo de sonido y puso de nuevo la música que hacía unos cuantos minutos había dejado de sonar. Consultó con Amanda que se acercó hasta él, y, tras discutir por unos segundos se pusieron de acuerdo. Tan pronto empezó a sonar la música de nuevo, el llamado de Amanda para que me acercara hasta ella, no se hizo esperar. Mientras Alberto se

despojaba de sus ropas, ella, tomando mis manos y colocándolas por encima de mi cabeza, las ató con uno de los velos al tubo donde las chicas estriptiseras se cuelgan. Seguidamente empezó a desabrochar mi cinturón. Lo jaló hasta lograr sacarlo de mi pantalón. A continuación, hizo lo mismo con mi bragueta. Forcejeó un poco con el cierre hasta que logró descorderlo totalmente. Sin dejar de posar sus manos en mi cintura las fue deslizando suavemente hacia arriba hasta recoger mi camisa a la altura de mi pecho. Poco a poco fue recorriendo con sus manos el resto de mi cuerpo hasta lograr excitarlo, pero hasta ese momento sólo la firmeza de mi plano y marcado abdomen estaba al descubierto.

Después de ella deleitarse con mis musculosas piernas palpándolas con sus manos a través de mi pantalón, Alberto hizo lo mismo con ella. Empezó por subirle la falda, tanto, que sus caderas, firmes y voluptuosas, habían quedado al descubierto. Mientras ella se entretenía moviendo su velo al compás de la música, yo movía mi cuerpo imitando sus movimientos que cada vez se hacían más sensuales. Alberto la atrajo hacia sí haciendo que ella se diera la vuelta. Yo seguí bailando, acelerando mis movimientos cada vez que los compases y los improvisados pregones así lo exigían. Me deshice del velo que me mantenía atado al tubo, y mientras ellos me observaban, empecé a moverme alrededor de este. Me contorsionaba de una manera hasta entonces desconocida para mí. Conocía cada uno de los movimientos que mis compañeras ejecutan trepadas en esa varilla, y algunos de los chicos que más ágiles y livianos que yo, se aventuraban a realizar. No en vano, uno de los instructores más experimentados de la academia era un hombre. El sí que sabía contorsionarse.

Mientras Amanda y Alberto, ya despojados de su ropa exterior y acomodados en la cama intercambiaban caricias y besos, yo dejé que el stripper se apoderara de mí. Lentamente

me fui despojando de mi ropa. Uno a uno fui separando los broches de mi camisa. Cuando mi pecho estuvo al descubierto, me la quité. Después me despojé de mis zapatos y medias, y mientras continuaba bailando hice lo mismo, ahora con el pantalón. Ya en bóxer, continué bailando alrededor del tubo, dando giros alrededor de éste e improvisando de la manera más creativa, arriesgada y erótica posible, un show para los presentes, y aun para mí, hasta ahora desconocido.

Los velos, que actuaron como un afrodisiaco ofrendado al protagonista de la velada, intensificaron la sensualidad con que la noche de sorpresas hizo su arribo. De pronto, hacer una pausa para tomar aliento, surgió como un imperativo de nuestros sentidos. Necesitábamos recargarnos para poder prolongar el frenesí de nuestros cuerpos, y embriagarnos, para tolerar la orgia de sensaciones que estaba por venir.

La noche aún era joven, y si bien ya estábamos algo prendidos, todavía éramos conscientes del rumbo que estaba tomando nuestra conversación, mas no así, de hasta dónde nos llevaría el liberarnos de nuestros prejuicios.

Los tres nos dirigimos hasta el bar. Alberto se encargó de poner al tope nuestras copas. Amanda esculcó en su cartera hasta encontrar lo que buscaba. A falta de una amiga cómplice a quien pedirle que la acompañara al baño para ponerla al tanto de sus atrevidos avances, un espejo de mano sirvió como testigo de sus paradójicos instintos. Una toalla que había tomado para secar el sudor que brotaba de mi pecho, abdomen y rostro, mientras me dirigía al bar, sirvió para disimular mi cansancio tras la improvisada y agotadora sección de danza árabe.

–Te mueves muy bien –me felicitó Amanda tras acomodarme nuevamente en mi silla.

–Yo te lo dije mi amor –la interrumpió Alberto–. Yo sabía que Duván, o el que fuera, no te iba a decepcionar.

–Ya veo que no, hasta podría darme unas cuantas clases a mí, especialmente con el tubo –me animó Amanda.

–No es sino que diga, y cuando quiera le hacemos –respondí mientras estiraba mi mano para coger mi copa.

–Brindemos –propuso Amanda mientras levantaba su vaso lleno de crema de whisky y unos cuantos cubos de hielo. Alberto y yo alzamos también nuestros vasos, pero permanecemos callados.

–Por Duván, que ha hecho de esta, la noche más especial desde que nos casamos.

–¡No me digan que esto es más que una simple noche de distracción!

–Bueno, sí –se adelantó Alberto–. No te habíamos querido decir porque es parte de nuestra intimidad, pero sí, hoy estamos cumpliendo veinte años de casados.

–Siendo así, ya no me preocupo.

–¿Es que hay algo que te preocupa?

–Lo digo por lo del brindis. Aunque no está mal hacerlo, pero si hay una razón de peso, mucho mejor. Ya usted –señalé a Alberto– me dijo que era por lo del baile, pero me gustaría saber por qué decidieron que fuera precisamente hoy, o de esta manera.

–Queríamos hacer algo diferente, salirnos de la rutina, experimentar nuevas cosas, interactuar con otras personas.

–Y nunca pensaron en contratar una chica, digo, además del chico, pues me parece que si se trata de complacerse en un día de celebración, pienso yo, la chica también podría hacer lo propio con el caballero.

–Pues ella si me dijo –Alberto miró a Amanda que respondió afirmativamente con un leve movimiento de cabeza–, y hasta lo discutimos.

–¿Y qué pasó?

–Pensamos que sería chévere que los dos bailaran y después tuvieran sexo.

Miré a Amanda directamente a los ojos y con la expresión de mi rostro le indiqué si eso era cierto.

–Sí –me confirmó ella– pero nos dio un poco de pena. Creímos que era suficiente con que llamáramos a un chico. Lo de la chica lo descartamos pues es lo que siempre se hace cuando se piensa en contratar un show de striptease, y como lo que deseábamos era que bailara música árabe para mí, sabíamos que iba a resultar mucho más llamativo si quien lo hiciera fuera un chico.

–Pero todavía están a tiempo –me animé a decir previendo el rumbo que podía tomar la celebración, pues era muy posible que termináramos envueltos en una maraña de confusos sentimientos de los que podríamos llegar a arrepentirnos. Sabía que, de estar acompañados de otra mujer, sin importar de quién se tratase, el rumbo de la noche podría dar un giro previsible, y para mi consuelo, nada inesperado.

–¿A tiempo? –preguntó Alberto que no terminaba de comprender el propósito que encerraban mis palabras.

–Sí, podrían llamar a una chica, y... –suavicé el tono de mis siguientes palabras– yo estaría dispuesto a hacer el show que ustedes deseen, con ella.

Amanda y Alberto anudaron sus miradas tras lo aventurado de mi propuesta. Esa cómplice y acallada respuesta no desvió para nada el propósito de sus hasta ahora desconocidas, y por lo demás, inconscientes intenciones. No iban a negarse una posibilidad que en el entorno era ya casi latente, y en donde el propósito que cada uno albergaba en su interior estaba por cumplirse. No podría decir con certeza cuál de los dos ganaría en esa apuesta que desde hacía algún rato rondaba en el ambiente: si la curiosidad de Alberto de ver a su esposa poseída por otro hombre, o el deseo de Amanda de ser violentada por un

joven guapo y musculoso que la regresara a sus años de juventud sin pensar en que éste bien podría ser uno de sus hijos. Sin importar el deseo que se cumpliera, los dos desembocaban en lo mismo y nos conduciría directo al encuentro con esa triada que según los postulados de Jung es, más que el complemento, el axioma de nuestra sexualidad.

–Así estamos bien ¿o no mi amor? –indicó Alberto mientras miraba a Amanda como advirtiéndole que lo inevitable estaba por cumplirse y exhortándola a que si el destino la empujaba a cometer alguna locura, se haría su voluntad.

–Más bien cuéntanos, ¿has tenido, aparte de la experiencia con la señora aquella, alguna con algún chico? –se atrevió a preguntarme Amanda.

–No –respondí serenamente mientras agitaba la cabeza, pues tal vez fuera posible que con el tiempo alguna laguna en mi memoria estuviera congelada. No logré recordar más que unas pagiadadas grupales de esas que son tan comunes en la pre-adolescencia, además de la vez en que un amigo del barrio me preguntó que si yo sería capaz de hacer una película porno. Un no rotundo fue mi respuesta. “Te da pena mostrarla, me dijo, ¿o es que la tienes muy pequeña?”, me retó. Pero pudo más el orgullo y terminé cediendo a la curiosidad de mi amigo. “¿Por qué no nos masturbamos, tú allá y yo acá? recuerdo que me dijo, como si estuviéramos en una película”. Y yo le dije: “Pero no estamos en una película” y él me dijo: “Afortunadamente, porque a lo mejor ni se te pararía”. Y por ahí se me metió. “Si es macho, me retó nuevamente, haga pues que se le pare delante de mí”. Y fue ahí cuando me di cuenta que a muchos no se nos para delante de una mujer o de muchas mujeres, solamente porque nos da pena, especialmente si es nuestra primera vez. No obstante, lo hicimos, sin mirarnos. Cada uno cerró sus ojos, y si los abría, miraba de reojo como queriendo saber cómo la tenía el otro.

–¡O sea que sí te causó curiosidad! –exclamó medio consternada Amanda.

–Bueno, la fijación fálica de la que tanto hablan los sicólogos no sólo aplica para los homosexuales o las mujeres. Si un hombre en verdad odia tanto a los homosexuales, imagínese el castigo que significa tener que cargar entre las piernas algo que no solamente apetecen las mujeres.

–Eso es cierto –consintió Alberto, y tras sorber un trago completó–: y tus compañeros no te molestan, digo, los que dices que son gays.

–Pues mira que no, aunque una vez, mientras estábamos en el camerino de una discoteca gay adonde habíamos ido a hacer una presentación, uno de los amigos de un compañero que había ingresado con ellos, sí trató de sobrepasarse conmigo, pero mi compañero al ver lo intenso que se estaba poniendo éste, inmediatamente lo sacó.

–¿Y qué hizo?

–Al principio me habló como a cualquier otro hombre más, me preguntó que en qué gimnasio entrenaba y cuál era mi rutina, y al final me dijo que le gustaba mucho mi cuerpo. Me preguntó que si yo era gay; le dije que no y seguidamente me dijo: “¡Qué lástima, y con lo bueno que estás! Si tú supieras lo bueno que estás, seguro te volverías gay”, fue lo último que me dijo antes de marcharse.

–¿Eso te molestó?

–¡Si sólo hubiera sido eso! Pero no. Resulta que cuando nos preparábamos para la segunda salida, ingresó nuevamente al camerino. Nuevamente se me acercó. En la primera salida nos quitamos la ropa hasta quedar en bóxer. Para la segunda salida nos aplicábamos una especie de aceite para que los cuerpos se vieran más lustrosos y voluminosos, además de excitantes. Cuando él vio que yo mismo me lo estaba aplicando, me dijo que si deseaba que me ayudara, a lo que no le vi nada de malo,

especialmente con la espalda. Después de aplicármelo en la espalda, me dijo que si deseaba que hiciera lo mismo con las piernas, a lo que tampoco le vi nada de malo. De hecho, tenía unas manos muy suaves. Tan pronto terminó con la parte posterior de mis piernas me dijo que me volteara. En ese momento cada uno de los strippers estaban ocupados en lo suyo, así que nadie estaba pendiente de lo que pasaba con nosotros. Tras darme la vuelta, quedé con mi mirada hacia la pared de espaldas al resto de la gente que se encontraba en el camerino. Él continuó acurrucado para poder aplicar de manera uniforme el aceite por todas mis piernas. Frotó la parte delantera de mis muslos, que era lo único que faltaba, sin dejar de posar sus ojos en el centro de mi pantaloncillo como si con su penetrante mirada pudiera tocarme. Tan pronto terminó, se levantó y me pasó el recipiente que contenía el aceite. Le di las gracias mientras lo miraba a los ojos, a lo que él respondió con un leve guiño y mientras me dijo “de nada guapo”, levantó su mano y la plantó directo en mis testículos. Mi reacción, aparte de sorprenderme pues no me lo esperaba, fue decirle: “¡Oye, qué te pasa!”; pero fue tan fuerte que los demás alcanzaron a escuchar mi voz. En ese momento se acercó uno de mis compañeros, que presintiendo lo que había sucedido, le ordenó a su amigo que se retirara.

–Y qué dijo el tipo este.

–Nada, o mejor dicho sí, la verdad, que ya se iba. Y ahí quedó todo, pues nunca se tocó el tema ni me preguntaron por qué me había dejado ayudar si sabía que esto podía pasar. Además, a esa hora más de uno ya estaba borracho. Me imagino que ni siquiera lo habrán recordado después.

–Pero me imagino que con ese cuerpo muchos hombres, aparte de las mujeres, desde luego, se te deben acercar a decirte cosas o a hacerte propuestas –sentenció Alberto.

–Sí, pero como ya les conté, casi siempre que hago trabajos para hombres son casos muy especiales, como el de la vez que reemplacé a uno de ellos, o porque los que contratan el show me solicitan.

–¿Y siempre que hacen shows para hombres tienen que salir completamente desnudos? –quiso saber Amanda.

–Si son shows privados, sí; si son para un evento de alguna discoteca o una celebración más familiar o de amigos, no.

–Y alguna vez te ha tocado salir así, bien enfierrado –inquirió Alberto mientras empuñando la mano semejava un falo.

–La verdad, nunca.

–¿Y por qué te metiste en esto? –de nuevo Amanda.

–Al principio fue la única opción que tenía de poder seguir pagándome la universidad. Me había quedado sin trabajo y los ahorros no me alcanzaban para pagar el quinto semestre, y aunque mi papá me colaboró con éste, la preocupación de tener que pagar el siguiente a cuotas, o peor, tener que suspender la carrera, me hizo que pensara en una opción más rentable y menos agobiante, especialmente para lo que restara de mi carrera.

–¿Y cuánto te falta?

–Un semestre más y termino.

–Y si por casualidad algún cliente te propusiera que te acostaras con él por dinero ¿lo harías?

–¿Te refieres a un hombre?

–Sí.

–Eso depende de cuánto dinero sea.

–¡O sea que te lo pensarías! –exclamó Alberto.

–Sí. Claro que también depende de qué me proponga.

–¿Cómo así?

–Sí, pues si sólo se trata de que me deje untar aceite por todo mi cuerpo completamente desnudo, lo hago. O que baile

únicamente para él, o ella, completamente desnudo y erecto, también; o hasta que me la deje chupar.

–Y si él te pide que lo penetres, ¡también!

–Sí, pero...

–En resumidas cuentas, sí te acostarías con un hombre – concluyó Amanda, y completó–: ustedes siempre son así; por la plata baila el perro y con cerveza se hornea mejor el pincho.

–¿Qué quiso decir? –pregunté mientras miraba a Alberto con cara de preocupación.

–A mí no me meta en esos bochinches –protestó Alberto quien inmediatamente se levantó de su silla y preguntó: –¿te quieres meter al jacuzzi mi amor?

–Sí, y mientras se llena el jacuzzi podemos bailar otro rato – contestó Amanda mientras se disponía a abrir las dos llaves de la bañera.

Nuevamente Alberto fue el encargado de colocar la música. Yo retomé mi posición frente al tubo. Amanda me acercó un par de velos que había recogido del suelo y me instó a bailar. Los velos fueron la excusa perfecta para que el coqueteo al que me conminaba Alberto para con ella fuera, además de sutil, permisivo. Por un momento, Alberto y yo abandonamos la escena del reencuentro con la seducción y nos dirigimos hasta el bar para servirnos más licor. Amanda continuaba ensimismada y, seducida por la música, no paraba de mover sus caderas como cortejada por un sultán para nosotros invisible.

–Acércatele así, suave, tócala que a ella le gusta, pero eso sí, que no se sienta acorralada, que se vea que es algo espontáneo – me instó Alberto.

Cuando irrumpimos nuevamente en la escena que ella protagonizaba tras su incursión en los altares del mítico faraón, nuestras manos, como cual Aladino bañado de sándalos, frotaron al unísono el fervoroso y etéreo cuerpo de nuestra diosa

egipcia. Uno de los velos hizo de antifaz cubriéndole completamente los ojos, eclipsando aún más su ya dilatada mirada y afianzándola en sus fantásticos sueños. A continuación, procedimos a despojarla de su sostén. Nuestras manos se confundían haciendo cada vez más intensa e insospechada la seducción. Podría ser el mismo Lucifer el que posaba sus manos en aquellos gélidos y rígidos pezones. Sin duda, la mujer estaba tensa, pero, aún así, gozaba. Lo podíamos deducir por la manera como convulsionaba intensificando con el paso de los segundos sus protestas por nuestro desafuero y cada vez más, evidente excitación. Sin dejar de rozar sus pezones con mis inquietas manos, acerqué mi pecho hasta sus espaldas logrando que sus caderas conectaran con mi pelvis. Amanda debió de sentir la rigidez de mi miembro al contacto con sus nalgas, pues una exclamación que no logré saber muy bien si se trataba de indignación o provocación, se escapó de sus labios. Cuando ladeé mi cabeza para rozar con mi barbilla la delicadeza de su hombro, pude ver que Alberto ya la había despojado de su diminuta tanga y posaba sus narices en medio de aquel, hasta ahora, prohibido lugar para mí. Alberto se detuvo unos segundos más allí; después se puso de pie sin dejar de recorrer su abdomen con la palma de su mano en un ascenso tan vertiginoso que nunca supo ella en qué momento se dio el intercambio de manos, pues la mía, sin intención alguna, fue a parar directamente entre las fauces de sus piernas. Al querer presenciar con sus propios ojos el candor que la invadía, advirtió que la mano que la poseía no era la de su consorte sino la mía. Inmediatamente plantó la suya sobre mis dedos y de una manera más que delicada, la retiró. Hasta ahí llegó el momento de éxtasis para ella, y para Alberto que no dejó de frotarse su polla mientras yo la poseía con mi mano. Alberto me indicó con la mirada que hasta ahora todo había estado muy bien. Seguidamente comenzó a besarla mientras ella de espaldas a mí,

lo conducía hasta la cama. Ambos se sumieron en un dechado de caricias evocando la noche inaugural de su sempiterno sacramento. Una luna de miel que ahora, veinte años después, es revivida en el catre de un motel secundada por mi presencia. La figura del stripper se transparentó haciendo las veces de un dios imaginario a punto de yacer con ellos en el mismo lecho. La habitación árabe se me figuró un templo; el mismo en donde Trimalción ofrendara sus banquetes al dios Baco; sus orgasmos y aullidos apócrifos retumbaron en nuestros oídos como cómplices de la consumación. El sexo era ahora su religión y yo la encarnación del Cristo resucitado ofrendando sus sacrificios del creador.

“Bendice oh Señor el cáliz de mi condenación, sacia de delirio mis penas, condéname a vagar temeroso si el placer no domina mis instintos, no dejes que el sufrimiento adormezca mis tormentos, profana el pudor de esta beatífica piel. Celeste es la música que glorifica mi santidad, impoluta la elocuencia de mi reprobación y oscuro el camino de mi liberación. ¡Sálvame! ¡Sálvame oh Cristo que vives en los cielos presenciando los actos impúdicos de quienes alaban tu nombre, sálvame de llegar a la muerte libre de pecado!”

“¡Qué me pasa!” pensé tras regresar del trance en el que me había sumido. Alucinaba, deliraba, era una fuerza superior a mi voluntad lo que en esos momentos me poseía, o nos poseía debo decir, pues no sé en qué momento me había despojado de mis interiores y sin ningún reparo había empezado a masturbarme mientras ellos se debatían en un insospechado y desinhibido frenesí. Sin dejar de frotar mi miembro me fui acercando lentamente hasta el borde de la cama. Mis ojos posesos se clavaron directamente en las caderas de Amanda. Me extasiaba ver cómo era poseída por Alberto, mientras degustaba el sabor de ambos sexos en mi boca. Nunca pude explicarme por qué sus

sexos me condujeron hasta donde unos minutos más adelante me encontré. Debió ser la proximidad o el hecho de presenciar un acto como ese frente a mis ojos. O a lo mejor pudo haber sido el licor. “¿Estará adulterado?”, pensé. Pero si vamos a hablar de adulterio, los únicos adúlteros fuimos nosotros. ¿Qué fuerza sobrehumana, o divina, pues pareciera ser de esta procedencia la que nos conducía, obró en nuestras mentes para llevarnos a hacer lo que hicimos? Nuestros prejuicios, si en algún momento los tuvimos, volaron al mismo infierno siendo transformados por las llamas e instalados en nuestras mentes como cual Lucifer dirigiendo nuestras voluntades.

Tan pronto regresé de mis profanas divagaciones, dejé de masturbarme, sacudí mi cabeza y me dirigí hasta el bar. “Necesito un trago”, fue lo que pensé. Sin duda, mi mente estaba siendo dirigida por una fuerza oscura, constaté días después, pues en lugar de beber un vaso de agua fría con hielo que era lo que realmente deseaba y necesitaba, escancié de un solo trago la mitad del vaso de ron que minutos antes Alberto bebía. Aproveché que los dos continuaban entretenidos consumando su celebración; me dirigí al baño; allí evacué el líquido que ya empezaba a inflamar mi vejiga. Antes de abandonar el baño aproveché para lavar mi rostro con un poco de agua. Cuando me enfrenté al espejo no paraba de pensar en lo que veía. Todavía ignoro si el espejo estaba empañado o era mi vista, la cual pudo haberse mermado producto de la cantidad de licor que había consumido. Despojarme de los lentes de contacto hubiera sido una buena idea, pero ni de eso era consciente. Bajé mi rostro, apoyé mis manos sobre el lavamanos, cerré mis ojos por unos cuantos segundos, que pudieron ser minutos, no lo recuerdo, pues cuando sentí que me desvanecía, recobré el aliento y miré nuevamente hacia el espejo. Ahora ya no veía dibujado mi rostro, sino, una sucesión de imágenes y efigies trasfiguradas. Freud, Jung, Adler y hasta Piaget aparecieron ante

mis ojos. Andrea, Alan, Diego, Natalia, Juan y hasta el homosexual que se atrevió a poner sus manos en mis testículos el día del show en la discoteca gay esa, también allanaron mi vista haciendo más confuso el reflejo que sobre el espejo tenía de mi rostro. Nuevamente cerré mis ojos, y ante las tinieblas de mi confusión, la imagen que ahora invadía mi mente fue la de Alberto y Amanda que no paraban de quejarse. “Lo que necesito es un baño”, pensé tras acordarme del jacuzzi. Salí rápidamente del baño y me dirigí hasta este. Lo prendí e inmediatamente agregué el champú. Cuando por fin toda la superficie estuvo inundada de espuma, me sumergí. “Esto era lo que necesitaba”, pensé tras avanzados unos cuantos minutos, quizás cinco o seis, después de los cuales mi cuerpo y mi mente habían recobrado el aliento y la compostura perdida. Así continué sumergido hasta que me dormí. De repente empecé a soñar. Sentí cómo una mano delicada y febril tomaba mi miembro. Lo frotó suavemente hasta que logró ponerlo completamente duro mientras con la otra mano frotaba mi pierna derecha, pero me sorprendí aún más después de sentir que otro par de manos hacían lo mismo, pero sobre mis pechos. Un leve suspiro sobre mi oído me puso sobre alerta, despertándome. Al abrir los ojos, uno de los pechos de Amanda estaba a punto de allanar mi boca. “Relájate”, me susurró al oído y con cuidado posó su mano sobre mi frente hasta lograr que mi cabeza descansara nuevamente sobre el borde del jacuzzi. Sin dejar de acariciar mi rostro se dio la vuelta hasta que estuvo dentro del jacuzzi. Arqueó sus piernas y se acomodó encima de mi vientre. Alberto, que se encontraba ya dentro de la bañera, la tomó por la cintura y empezó a mecerla adelante y atrás haciendo que la parte baja de su pelvis rozara con mi verga enhiesta. Traté de acomodarme para que la posición en la que me encontraba no lastimara mis caderas. Tan pronto estuve un poco más cómodo, recibí de Alberto una de sus acostumbradas miradas de aprobación

indicándome con un gesto de su boca que la besara. Sólo alcancé a rozar sus labios pues sus manos se posaron sobre mi cabeza empujándola hacia atrás, mientras tanto, Alberto seguía frotando mi miembro. Lo hacía con tal delicadeza y maestría que no tuve reparos en dejar que lo siguiera haciendo. Amanda se hizo a un lado y le ordenó a Alberto que se acercara. Me indicó que me sentara en el borde del jacuzzi y le susurró algo al oído a Alberto. Se miraron de una manera cómplice dándome a entender que solamente ellos sabrían lo que se dijeron, y tras ponerse de acuerdo ella posó su boca en mi pene. Inmediatamente una sensación de placer se apoderó de mi cuerpo, recorriendo cada una de las fibras de mi, hasta ese momento, tímido y remilgado pudor. Elevé mi mirada al cielo en la búsqueda de ese Cristo penitente y me exhorté a revivir en su nombre la pasión de su sufrimiento transformado en supremo éxtasis. Éxtasis que se intensificó aún más cuando fueron los labios carnosos de Alberto los que succionaron mi miembro. Todo sucedía tan rápido que no hubo lugar para la reflexión. Preguntarse: ¿Qué estábamos haciendo? resultaría estúpido, pues a todas luces era claro que habíamos desembocado en un entramado de delirio y de pasión que se intensificaba cada vez que uno de los tres se lanzaba a nuevas aventuras. Era como si el placer se intensificara con la incursión de un tercero, hasta llegar a pensar que dichas sensaciones se incrementarían en la medida en que al “banquete” se unieran otros comensales haciendo que los manjares fueran también más variados. Probablemente ninguno de los tres estuviera preparado para hacer parte de una orgia, pero sin duda, disfrutábamos cada uno de los retos que significaba lidiar con la presencia de un *intruso*.

Hicimos una pausa para abandonar el jacuzzi y beber el último trago de nuestra embriagadora noche. Sabíamos que no nos detendríamos y, de ser necesario, haríamos todas las pausas posibles con tal de beber la pócima que precisábamos para

derribar la frontera de los prejuicios. Los tres nos dirigimos sendas miradas de complicidad, y, tras hacer un nuevo y callado brindis, continuamos nuestro festejo, sí, porque a esas alturas yo ya hacía más que parte del brindis de la noche, había empezado a ser un actor más del reparto en esa madrugada de celebración. La sensualidad era la gran protagonista, nuestro coqueteo, la llama que no cesaba de flamear, y nuestros instintos el vínculo con nuestros más callados, perversos y reprimidos sentimientos. No hace falta entrar en detalles para saber en qué terminó la noche, o cómo terminó después de apoderarnos del lecho en donde muy seguramente el dios Baco recibió más de una ofrenda en su honor; y Afrodita y Eros y Ares y Vulcano y Adonis y Helena; y hasta el mismo Tiresias hizo su aparición aquella noche. Su presencia fue una conexión con nuestros *yos* eróticos extraviados en el tiempo, un viaje a las mismas esferas del Olimpo, un reencuentro con nuestros ancestros, un retornar a viejas habilidades ya olvidadas, un revivir la libertad de pensamiento, un deshacerse de arcaicos mandamientos, un desintegrarse en la lucha inútil por preservar viejos fundamentos, un volver a nacer como parte de un todo integral más vivificante que las mismas rogativas del concilio de Trento.

Al final, los tres, debo suponer, salimos airoso, pues sobrevivimos al castigo del creador. El tan aclamado fin del mundo para los pecadores sólo fue el inicio de un ininterrumpido debatirse entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que deseamos y lo que evitamos, entre lo que ignoramos y suponemos, entre el ser y no ser, el anidar entre el prejuicio y el parecer, replantear el concepto entre la sexualidad y lo que de verdad nos proporciona placer. Fue como un debatirse entre lo permitido y lo prohibido. Amanda encarnó la prolongación de nuestra especie, la ternura y el amor hecho milagros; Alberto el deseo de ser quien somos sin ultrajar la especie, el debatirse entre el yo y lo que representa la lucha que libra el guerrero que

anida en su inconsciente. Nada nos detuvo en nuestra avanzada. Nos abandonamos a la noche, a su suerte, y al llegar el alba, el despojo de nuestros prejuicios fue sin duda más vivificante que el de nuestras ropas, pues con la llegada de un nuevo día, fue como si hubiéramos nacido para el universo el mismo día en que Adán y Eva recibieron de Dios el soplo que los trajo a la vida. Fue sentir, al contrario de los primeros habitantes del paraíso, que aquel sentimiento siempre estuvo allí, sólo que dormido, esperando por ese soplo que lo trajera a la vida, y como en el cuento de Monterroso, literalmente: *Cuando despertamos, todavía estábamos ahí.*